

GFS-210-A05

A Q U E L P O E T A Q U E S E F U É

A manera de prólogo.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



Conocí a Ruiz de la Serna en una época de gran actividad periodística: suya y mía. Cada uno remábamos a diario en nuestra embarcación, y varias veces el deber profesional nos acercó, hasta que un día la afición literaria nos hizo amigos. Fué luego la nuestra una amistad de muchos años sometida a muchas pruebas y vencedora siempre. Bien es verdad que a Enrique cuanto más se le trataba más se le quería: su corazón se hallaba tan a flor de piel, su alma se entregaba a la confidencia con tanta sinceridad y su temperamento de lucha era tan tenaz que no había más remedio que poner la mejor estimación en aquel artista que no sabía doblegarse ante el infortunio y se erguía, en cambio, ilusionado como un niño frente a la menor esperanza de remisión. Y es que Enrique Ruiz de la Serna era poeta.

Era un poeta que, como el buen vino, se depuraba con los años; y, respondiendo toda su labor a un mismo ideal poético sin claudicaciones, había adquirido en el otoño de su vida una firmeza de expresión y una hondura de sentimiento que le daban un sello personal inconfundible. Nada más lógico: en ese otoño del ~~muñeco~~ poeta hubo dos factores que exaltaron su imaginación y su sensibilidad: el amor a la dulce esposa que había convertido en camino de flores la senda dolorosa, llena de abrojos, de una viudez prematura, y, formando contraste, el avance inflexible de una miopía que desde la infancia iban dejando sin luz unas pupilas ansiosas de formas y colores. Sofía era la inspiración en sus momentos de confianza y felicidad; la ceguera, siempre amenazante, era la tortura ^{en} sus horas de angustia. El alma de Enrique, sensible a la Música, gozaba plenamente en las audiciones que este Arte le deparaba; pero cada vez se encontraba más alejada del disfrute de las sensaciones plásticas; y era su vocación literaria, cimentada en sólida cultura, la que le salvaba en su exaltación estética. Se refugiaba entonces Ruiz de la Serna en la Poesía: unas veces, acompañado por su memoria fidelísima, ~~recitando composiciones ajenas~~ recitando composiciones ajenas, famosas o no, que le eran familiares; otras, auxiliado por lentes y lupas impresionantes, leyendo cuantas estrofas podían desfilas ante sus pobres ojos; y otras, - las más felices, las más alentadoras, - cerrando los párpados, que era

"cuando veía mejor", y componiendo allá en el rincón de su cuarto de trabajo

los versos propios, dictados por una transparente sinceridad y obedientes siempre a un vigor literario que le permitía ser a la vez muy clásico y muy moderno

Puntualiza Federico Sainz de Robles, con su autoridad crítica, en el "Diccionario de la Literatura", este carácter de su estilo a lo largo de una extensa producción. "Se distingue la obra de este escritor, - nos dice, - por lo pulido y cuidado de la forma; pero, sin embargo, no resulta afectada y rígida, sino antes bien, natural y fluida. Tiene insalvables reminiscencias y ecos de los clásicos, pero sán el menor intento de "pastiche". Fuera de que los clásicos de Ruiz de la Serna son, por su temperamento, más los del siglo XVIII que los del XVII: Feijoo, Cadalso, Jovellanos han influido en él notablemente. Como poeta, y pese a la inevitable acción del ambiente, no se le puede adscribir a escuela alguna, como no sea a una especie de parnasianismo romántico, en que el ímpetu lírico se ciñe y sujeta a la impecable línea de un verso."

El "parnasianismo" de Ruiz de la Serna ofrenda su admiración al de Rubén Darío, que mezcla su savia con la del "modernismo", triunfante en los primeros años del presente siglo. La aparición de Rubén, con "el verso azul y la canción profana", conmovió las tranquilas aguas de la lírica española e hispanoamericana, e hizo sentir en centenares de poetas su avasalladora influencia. Nuestro amigo, apasionado de la belleza, no podía ser una excepción.

"Sea a tu verso nuestro verso acorde,
tu estrella, ¡oh, mago!, nuestra senda alumbra".

Esta especie de profesión de fe literaria corresponde al alba de oro de Enrique; luego, la experiencia de la vida y los desengaños que fueron consecuencia de su lucha, hicieron su musa más subjetiva. El pensamiento se concentra, los sentimientos se afinan y se establece ese diálogo entre el alma y el cuerpo en el que a veces muchas preguntas quedan sin contestación. Por herencia y por convicción soy un enamorado de la poesía subjetiva. Ciertamente es que, por su propia índole, suele ser melancólica y derivar ~~XXXX~~ en agudo pesimismo; pero no haya este temor con las composiciones íntimas de Ruiz de la Serna: su fuerte temperamento reaccionará siempre contra toda amargura; y la melancolía se llamará en él resignación.

"Como siempre al crepúsculo
he abierto la ventana;
y, como siempre,
he levantado al cielo la mirada..."

ladora elocuencia; y entonces, en su delirio ~~de~~ subjetivo, suspiraba por dejar de ser hombre: a él le bastaba, - nada menos, - ser pájaro, estrella o flor. Pero era hombre. Y llevaba en el pecho un corazón palpitante que aleteaba como un ave, se encendía como una estrella y se abría en todos los amaneceres, como una rosa, a la caricia del sol. Sin embargo, el corazón enjaulado no podía volar. Sus sueños de grandeza, sus vuelos a la altura no pasaban de eso: de ser sueños; y quedaban sólo proyectados en los trazos de unas cuartillas blancas, que ahora leemos con emoción los amigos de Enrique.

¿Por qué es, no obstante, su obra poética breve? Porque la realidad de la existencia cotidiana exigía al escritor, y preferentemente al periodista, un continuado esfuerzo que se reflejaba en la redacción de manojos ingentes de cuartillas; pero ni un solo momento la prosa de Enrique Ruiz de la Serna dejaba de ser tersa y pulida, como obra de un auténtico literato. En sus traducciones de Racine, en el valioso estudio sobre el Duque de Rivas puesto al frente del tomo de sus obras completas de la Editorial Aguilar, y en tantos y tantos cuentos de diversos estilos, crónicas de toda índole y artículos de crítica y divulgación, firmados muchos con el seudónimo de "Fermín de Iruña", la pluma de nuestro amigo jamás perdía la vivacidad del ingenio ni la delicadeza del verdadero poeta. En los comentarios a la obra de Don Angel de Saavedra hace Ruiz de la Serna una afirmación a propósito de la supuesta influencia literaria del erudito inglés Sir John H. Frere sobre el Duque: "Rivas, con Frere y sin Frere, hubiese sido siempre un gran poeta, porque este de la poesía es don divino y, de un modo u otro, se manifiesta en quien lo posee". Eso le ocurrió a Enrique: desde muy niño se manifestó en él su vocación; y ni el periodismo agotador, ni sus preocupaciones diarias pudieron apartarle del cultivo de su afición favorita.

En sus traducciones ofrece una gema destacada: la lealtad. Sus versiones en prosa de las tres tragedias de Jean Racine BRITÁNICO, BERENICE y BAYACETO son modelos de buen castellano que interpreta fielmente el francés, no fácil de traducir, del famoso dramaturgo. Y allí, en una de las notas preliminares a sus versiones, cuida bien Ruiz de la Serna de destacar una opinión de Racine consignada en sus célebres prefacios a sus tragedias: aquella en que comenta las reglas que los preceptistas aristotélicos tenían por intangibles: "La ~~de~~

principal regla es agradar y conmover; las demás no tienen más fin que llegar a la primera". Dijérase que nuestro poeta tuvo esta máxima presente durante la creación de su propia obra; y si con ella conmovió siempre, no menos los consiguió con el ejemplo de su vida, manteniendo, - al menos ~~ENEE~~ durante los años en que fui testigo de ella, - una lucha, realmente conmovedora, contra las sombras que cercaban sus ojos....-"No veo, hermano, no veo..." Y cuando el buen amigo le insinuaba, para consolarle, que ~~EEEE~~ acaso fuera éso mejor, dadas las pocas cosas que merecen hoy la pena de verse, se exaltaba juvenil y jovialmente y exclamaba como un chiquillo, plantado en el comienzo de la ~~EEE~~ ~~EE~~ jornada: -"¡Oh, no! La vida es hermosa, el mundo es una maravilla...¡Yo quiero ver todo lo bello que me rodea!" Eran los patéticos gritos de esperanza de un pobre corazón enjaulado.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW